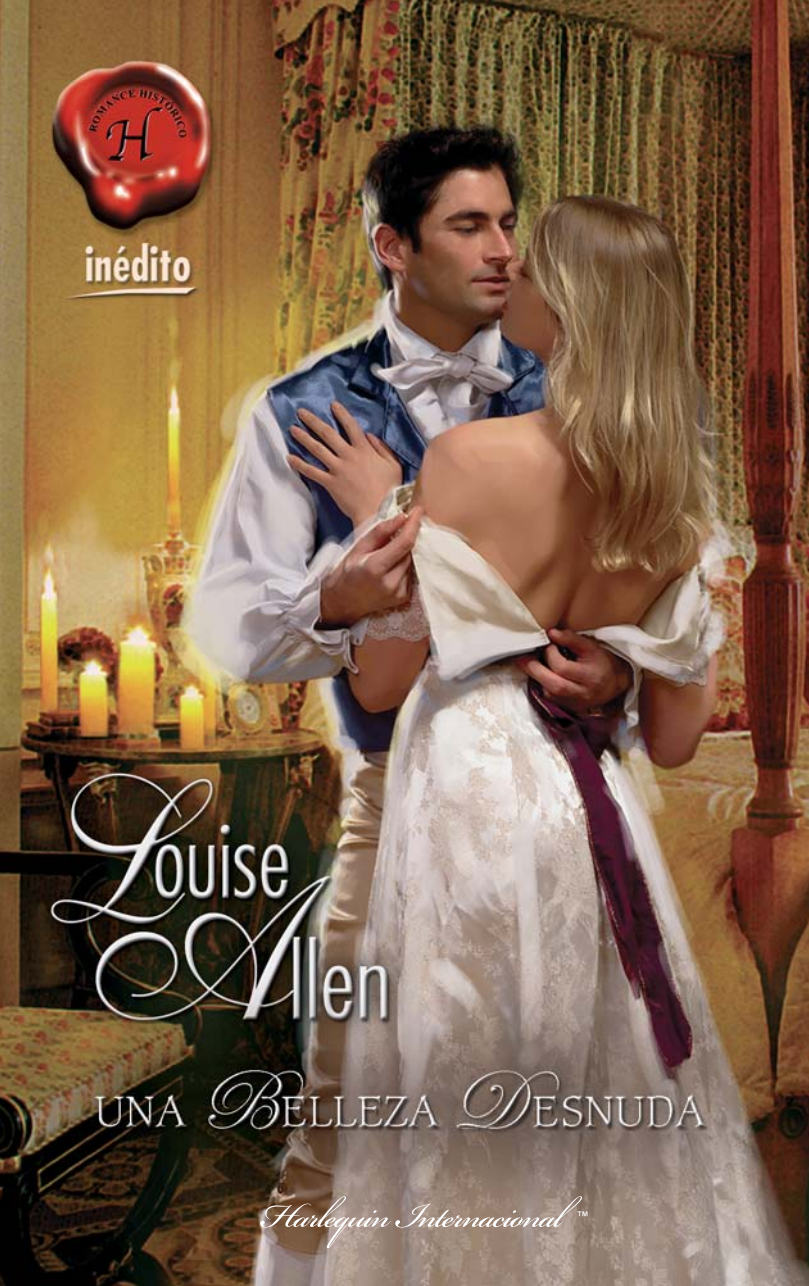
ROMANCE HISTÓRICO
H
inédito
Louise Allen
UNA BELLEZA DESNUDA
Harlequin Internacional™



UNA BELLEZA DESNUDA



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Melanie Hilton. Todos los derechos reservados.
UNA BELLEZA DESNUDA, nº 447 - 1.1.10
Título original: The Shocking Lord Standon
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8084-8
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

Londres, finales de febrero de 1816

—¡Milores, Sus Excelencias, caballeros, ruego vuestra atención! A medianoche, cuando suenen las campanadas, la Escuela de Venus de *madame* Synthia presentará nuestro afamado Desfile de la Belleza. ¡Damas de variadas experiencias! ¡Exóticas criaturas de todas las razas! ¡Campesinas inocentes dispuestas y ansiosas de aprender en brazos de los apuestos londinenses! ¡Contorsionistas de increíble flexibilidad e ingenuidad para su disfrute! ¡Dentro de media hora, caballeros! ¡Ocupad vuestros asientos con celeridad y no os desilusionaréis!

El antiguo pregonero de la ciudad que *madame* Synthia, conocida antes como Cynthia Wilkins de Camden Town, había contratado por una considerable cantidad, terminó su anuncio y se bajó de la plataforma que había al final del Grand Assembly Lounge. Los mozos comenzaron a colocar sillas alrededor del escenario mientras que ansiosos clientes se abrían paso a codazos para ocupar las primeras filas, a pesar de que aún faltaba media hora para que comenzara el espectáculo.

—Vamos, Morant...

Gareth Morant, conde de Standon, hizo un gesto de dolor cuando lord Fellingham le dio un fuerte codazo en las costillas.

—Esas contorsionistas son lo mejor, pero es preciso estar cerca para poder ver bien —comentó Fellingham mientras se lamía lascivamente los gruesos labios—. Sujetan un espejo y hay velas...

—Dudo que tengan algo de lo que carezca el resto de las mujeres a las que has cortejado, Fell —replicó Gareth mientras dejaba la copa de champán casi llena sobre la barra y miraba a su alrededor con aburrida repugnancia—. Este lugar es un vulgar agujero. No entiendo por qué estamos aquí.

—Te noto algo desconcertado, viejo amigo. En mi opinión, necesitas un buen tónico —dijo Fellingham—. Hoy en día no te diviertes. Mírate, llevas sentado al lado del fuego con una única copa de champán durante todo el tiempo que Rotherham lleva arriba con las gemelas chinas sin decir nada más que gruñidos.

—Son indias —le espetó Gareth. Se puso de pie y se estiró—. Son gemelas indias. Me marcho a White's para ver si aún puedo jugar una partida decente de cartas.

—No nos podemos ir sin Rotherham —protestó su amigo sin quitarle ojo a las primeras filas, que se estaban llenando muy rápidamente—. Además, yo quiero ver el espectáculo. He oído hablar mucho de él y por eso quería venir, ¿te acuerdas? Vamos buscar al bueno de Rotherham y a verlo. Después, nos vamos a White's los tres. Seguro que él ya ha terminado. ¿Qué me dices? No seas aguafiestas.

—Está bien —dijo Gareth. Tomó de nuevo su

copa con un suspiro contenido, la vació de un trago y se puso de pie—. ¿Sabes en qué habitación está?

—En la sala de los Espejos. Menuda habitación, con espejos por todas partes —explicó Fellingham mientras se dirigía a la escalera y trataba de abrirse paso contra la marea de hombres que se esforzaban por llegar al escenario.

—No hace falta que me lo expliques. El nombre lo dice todo.

Maldición. Tenía que admitir que Fellingham tenía razón. Perdía pronto la paciencia y nada le atraía. Quería, no, mejor dicho, necesitaba algo, pero no sabía qué, aunque decididamente ese algo no se encontraba en aquel templo dedicado al comercio sexual. Además, tampoco le atraía en absoluto la respetable decisión que se le estaba obligando a tomar: la de contraer matrimonio.

Su amigo lanzó un bufido, divertido a pesar del tono de voz que había utilizado Gareth.

—Lo que a ti te pasa es que estás amargado, viejo diablo. Necesitas una buena mujer. ¡No! Mejor que sea una de las muy malas —exclamó, entre sonoras carcajadas que festejaban su supuesto ingenio. Se dirigió por un pasillo muy mal iluminado—. Si no recuerdo mal, está por aquí en algún sitio.

—¡Devuélveme mi ropa!

Jessica Gifford trató de hacerse con el fardo de sobrias prendas antes de que la doncella las arrojara por la puerta y cerrara ésta de un fuerte golpe. En el exterior, la llave se giró en la cerradura.

—Ahora, te digo que no me des problemas por

que, si me los das, tendré que hacer subir a *madame* Synthia y créeme si te digo que eso no te gustaría —dijo la doncella con una sonrisa en los labios, mientras se dirigía al armario con un contoneo de caderas que indicaba que la escasez de su vestido era mucho más que un mero accidente.

—Todo esto es un terrible error —trató de explicar Jessica. Estaba allí, temblando, completamente desnuda y demasiado aturdida y enojada como para tener miedo. Sin embargo, algo le decía que debería tenerlo. De hecho, debería tener mucho miedo. Parecía que los cuentos de viejas que siempre había escuchado en los que inocentes campesinas son raptadas de las calles por malvados alcahuetes no eran nada más que la pura verdad. Ella no era una inocente lechera, sino una mujer independiente, adulta y culta. ¡Algo así no le debería estar ocurriendo a ella!

—Tiene que haber algún error —insistió, tratando de mostrarse razonable—. Soy institutriz y he venido aquí para colocarme...

—Colocarte, te aseguro que te vas a tener que colocar —dijo la doncella entre carcajadas—. De muchas maneras diferentes. Eres virgen, ¿verdad?

La mirada que la mujer le dedicó a la temblorosa y asustada Jessica era de desprecio.

—¡Por supuesto que lo soy! Ya he dicho que tiene que haber algún error. Le pregunté a la mujer que me saludó cuando me bajé del carruaje si era el ama de llaves de lady Hartington. Me respondió que así era y me condujo a otro carruaje. Casi sin darme cuenta, me encuentro aquí.

—Sí, bueno. Lady Hartington no va a querer que te ocupes de sus preciosos mocosos después de esta

noche, sobre todo porque es probable que el mismísimo lord Hartington se encuentre aquí esta noche y podría ser que incluso pujara bien por ti. Estoy segura de que le encantaría que le enseñaras el uso de los globos, o tal vez ande un poco retrasado en latín y necesite que le des con la vara. Ahora, ponte esto.

La mujer arrojó un puñado de trozos de tela casi inexistentes sobre la cama.

—¿Estoy en un burdel? —preguntó Jessica. Una parte de su cabeza le decía que así era, mientras que la otra trataba desesperadamente de negarlo.

—Que Dios te bendiga, hija, por supuesto que sí. El mejor de toda la ciudad. Me pregunto si deberíamos hacer algo con tu cabello... —comentó la moza, observándola atentamente—. No. Simplemente te lo soltaré. Así tendrás el aspecto de estar lista para un buen revolcó. Eso les gusta.

—Tiene que haber un error —reiteró Jessica, adoptando el tono de razonamiento que tan eficaz le resultaba con sus alumnos más obcecados—. Soy institutriz. Estoy en el lugar equivocado. Si me mantienen aquí cautiva, se tratará de un secuestro y cuando yo presente mi queja delante de los magistrados, alguien va a tener un problema muy serio con la Ley.

—¿Y cómo vas a hacerlo, eh? —le preguntó la mujer mientras se dirigía hacia ella con un cepillo en la mano y comenzaba a quitarle las horquillas del cabello—. Te vas a quedar aquí hasta que te domen bien y luego, no tendrás ningún otro sitio al que ir porque no te querrá nadie respetable. Si quieres hablar con los magistrados, estoy segura de que habrá aquí alguno esta noche. Estoy segura de que te comprenderán muy bien... y querrán que te encuentres a gusto en esta casa.

Jessica sintió cómo el miedo le recorría suavemente la espalda. Llevaba tres años ganándose la vida y sabía muy bien lo peligrosa que era para el buen nombre de una mujer la sombra del escándalo. Sabía, demasiado bien, cuáles eran las consecuencias de un mal paso por el resbaladizo sendero de la respetabilidad.

Si lograba escapar y denunciaba lo ocurrido, lo más probable sería que no le prestaran atención alguna. Aunque la creyeran, sería lo mismo que si ya la hubieran hecho caer en desgracia.

—¿Cómo puedes ayudar a que le hagan esto a otra mujer? —preguntó, colocando la mano sobre el brazo de la moza. No le costaba suplicar en una situación como aquélla. De hecho, si era necesario, dejaría a un lado su orgullo y se pondría de rodillas para suplicar clemencia. Haría lo que fuera necesario para lograr escapar de aquella pesadilla—. ¿Acaso tú no deseas escapar de aquí?

La moza la miró como si estuviera loca.

—¿Escapar de aquí? Estaría yo loca —contestó—. Una cama caliente, buena comida, mucha compañía, caballeros que me dan buenas propinas... Lo único que tengo que hacer es tumbarme en una cama bien limpia y hacer lo que manda la naturaleza. ¿Escapar de aquí para volver adónde? A una sucia casucha de Wapping. Y allí, se hace contra una pared por un puñado de monedas y un ojo morado —concluyó mientras se miraba al espejo y se pellizcaba las mejillas para darle algo de color a su rostro—. Mira, tonta —añadió de repente, con un tono de voz que Jessica interpretó como de amabilidad hacia ella—, no está tan mal después de la primera vez. ¿Por qué ponerte

las cosas difíciles? Si montas jaleo, *madame* te enviará aquí a algunos de sus porteros para que te desvirguen, y créeme si te digo que eso no te gustaría.

Jessica se sentó a los pies de la cama. Parecía que sus posibilidades se reducían a verse desflorada por un grupo de matones, que la vendieran a un depravado caballero o arrojarse por la ventana. Desgraciadamente, ésta tenía rejas,

La vida había sido muy dura con ella durante aquellos últimos res años, pero tenía sus modestos ahorros, una profesión respetable, respeto por sí misma y no dependía de nadie. No pensaba perder nada de todo aquello bajo ninguna circunstancia. Su mente pareció dejar atrás el absoluto terror que la había envuelto hasta entonces para tomar una resolución desesperada.

La moza estaba recogiendo las horquillas que habían caído sobre el suelo. Jessica cubrió una de ellas con el pie muy disimuladamente.

—Está bien —dijo, con voz temblorosa—. ¿Qué es lo que va a ocurrir ahora?

—¡Eso está mejor! ¿Ves lo fácil que es dejar de preocuparse por una tontería? ¿Cómo te llamas?

—Jessica.

—Bien, Jessy. Yo me llamo Moll. Te pondremos este disfraz, que no nos llevará tiempo dado lo escaso que es. Entonces, a medianoche, comenzará el espectáculo. Tú eres la única virgen de esta noche, por lo que las apuestas subirán mucho. Te tocará un agradable caballero que, después, te dará una buena propina.

—¿Qué hora es? —preguntó Jessica mientras tomaba los retales de muselina que la moza le entregaba.

—Faltan veinte minutos para la media noche.

—Bueno, si no me queda otra opción... ¿No hay un disfraz que tenga un color más bonito? —preguntó, fingiendo coquetería—. No me gusta el lila. Resulta tan insípido con el cabello rubio.

A Moll no pareció resultarle sospecho aquel cambio de actitud.

—Creo que hay uno verde que te irá mejor con el color de tus ojos.

Volvió a abrir la puerta del armario. Jessica la empujó con fuerza al interior y la aprisionó contra la masa de ropa. Antes de que Moll tuviera tiempo de protestar, le ató las muñecas y la amordazó con un trozo de muselina. Entonces, tomó más trozos de las perchas y le ató los pies.

—Si haces ruido en la próxima media hora, te daré un buen golpe en la cabeza —le advirtió, esperando sonar lo suficientemente fiera—. Si guardas silencio, no te ocurrirá nada. ¿Comprendido?

Molly la contempló con unos ojos abiertos como platos y asintió enérgicamente. Entonces, Jessica cerró la puerta del armario y la atrancó colocando una silla debajo del pomo. A continuación, fue a recoger la horquilla que había dejado en el suelo y se dirigió hacia la puerta para forzar la cerradura.

En las novelas románticas, las que se supone que las institutrices no deben leer nunca y que, de hecho, devoran ávidamente, la valiente heroína sabe abrir la puerta de una mazmorra en cuestión de segundos y logra escapar fácilmente de las garras del malvado duque. Con manos temblorosas y un sudor frío recorriéndole todo el cuerpo, Jessica llegó a la conclusión de que o los malvados duques emplean cerrajeros

mucho menos expertos que los de los burdeles o los autores de Minerva Press se documentaban pésimamente para sus novelas.

Después de cinco minutos, Jessica se puso de pie en un intento de aliviar sus doloridas rodillas.

—¡Ábrete, necia! —dijo, golpeando la puerta con el puño cerrado.

Efectivamente, la puerta se abrió mansamente con un suave clic.

Frente a ella, se movió una sombra. Antes de que Jessica pudiera lanzar un grito de terror, se dio cuenta que era su propio reflejo en un espejo de cuerpo entero. Una vez más, comprobó que estaba completamente desnuda.

A sus espaldas, la puerta se cerró y el pestillo hizo un ruido que indicó que no volvería a abrirse. No podía regresar. Decidió que su prioridad era encontrar ropa. Así, no tendría esperanza alguna de poder escapar de aquel burdel. Seguramente en alguna de aquellas habitaciones encontraría algo que pudiera ponerse.

Abrió la primera puerta con la que se encontró y se asomó tímidamente por la puerta. En la estancia, había una enorme cama y carne desnuda en profusión. Jessica contuvo el aliento y contó seis piernas, dos traseros, un velludo torso... ¿Cuántas personas había sobre aquella cama? ¿Y qué estaban haciendo? Cerró la puerta y se aplastó instintivamente contra el hueco. Los participantes en aquella orgía parecían estar suficientemente distraídos, pero, a pesar de todo, Jessica no creía tener el valor suficiente para volver a entrar en la sala y robar algo de ropa mientras ellos estaban a lo suyo.

Resultaba ridículo sentirse más alarmada y temerosa de lo que ya estaba. ¿Acaso podría empeorar aún más su situación? No obstante, ver de cerca aquel intercambio carnal que ni siquiera había podido comprender le había hecho comprender que, efectivamente, nada de todo aquello era una pesadilla. Allí, ante sus ojos, había tenido la viva imagen de la mujer en la que corría el riesgo de convertirse si no lograba escapar de allí.

Respiró profundamente para tratar de serenarse y trató de pensar en un plan. Sabía que, si se dejaba llevar por el pánico, su destino estaría sellado. Más tranquila, examinó el pasillo en el que se encontraba. Enfrente de ella tenía la puerta por la que acababa de escapar. A sus espaldas, la habitación en la que se estaba produciendo la orgía. A ambos lados, había dos puertas más y luego, el pasillo se dividía en ambas direcciones. Con cuidado, aplicó la oreja contra el resto de las puertas. Escuchó gemidos y suspiros de todas ellas y, de una, el restallido de un látigo.

¿Adónde podía dirigirse? Su sentido de la orientación la había abandonado en los pocos minutos que habían transcurrido desde que la bajaron del carruaje y la obligaron a subir por una escalera. Mientras seguía sumida en sus dudas, comprendió que le habían quitado la decisión de las manos. Se abrió una puerta en alguna parte y se escucharon voces. Sin dudarlo, Jessica echó a correr por el pasillo y dio la vuelta a la esquina en lo que creía que era la dirección opuesta al lugar del que provenían las voces.

Entendió que había tomado la decisión inadecuada cuando se chocó contra una sólida pared de músculos masculinos. Tenía la nariz hundida contra la pechera

de una camisa y la barbilla contra un chaleco. Su tembloroso cuerpo había quedado en contacto con una seda cálida y delicada. Aquella mole inamovible permaneció inerte mientras se escuchaban las voces.

Levantó el rostro y contempló una barbilla y unos divertidos ojos grises. Una ceja oscura se arqueaba por encima de ella.

—Ayudadme —susurró—. Por favor, ayudadme.

—Ésta es la habitación —murmuró una voz con evidentes síntomas de embriaguez por detrás del desconocido contra el que estaba Jessica—. Vamos, Morant, entra.

—Por supuesto —respondió una voz, tan divertida como los ojos que contemplaban a Jessica. El caballero hizo que ella se diera la vuelta y le rodeó los hombros firmemente con el brazo—. Entraremos todos.

El tembloroso cuerpo de Jessica pareció tranquilizarse al notar el cálido tacto de la mano de aquel desconocido. Pensó que, si estaba a punto de ser violada, a punto de perder su virginidad, al menos no sería con un monstruo, con un hombre hosco y sudoroso sobre el que había estado intentando no pensar.

La habitación estaba muy iluminada. Las velas se reflejaban en los espejos que colgaban por todas partes. Era como estar dentro de una lámpara. Jessica miró frenéticamente a su alrededor, tratando de encontrar una posible salida, pero lo único que vio fueron tres figuras humanas entrelazadas sobre la cama. Entonces, cerró los ojos y tropezó.

La mano le apretó con fuerza los hombros para sostenerla.

—Vamos —le susurró al oído una voz profunda—. Presta atención. No puedo hacer esto yo solo.

Las dos mujeres que había sobre la cama se incorporaron. Parecían un par de diosas paganas que observaban a los recién llegados con rostros idénticos. Cabello negro como la seda les caía a ambas por la espalda y entre ellas, con el rostro escondido entre los muslos de una de las muchachas y los suyos propios por los de la otra, estaba la figura yaciente de un hombre. Una estatua griega caída.

El hombre que sujetaba a Jessica extendió la otra mano y tomó una exótica bata de brocado de una silla.

—Ponte esto.

Con una exclamación de alivio, Jessica se cubrió con la pesada prenda de seda, al tiempo que una voz decía:

—Muévete, Morant.

Jessica notó que otro hombre la echaba a un lado y que empujaba al que la había tenido agarrada a ella por los hombros hacia el interior de la habitación para luego cerrar la puerta.

Se levantó el cuello de la bata para ocultar la parte inferior de su rostro. La ropa le proporcionó una cierta sensación de paz interior. Resultaba increíble cómo el hecho de sentirse desnuda le nublaba a uno el pensamiento. Notó que podía mirar a su alrededor y ver la habitación entera, no sólo pequeños detalles. Evidentemente, las dos mujeres que había sobre la cama eran gemelas, pero mortales. La habitación no era un palacio de cristal, sino simplemente una sórdida habitación de cuyas paredes colgaban espejos manchados de humo. El dios desnudo tumbado entre las arrugadas sábanas era sólo un joven rubio con incipiente barriga y rostro arrebolado.

—Hola, Fell. Morant —consiguió decir—. Veo que os habéis traído la vuestra, ¿eh?

—¿Cómo dices?

El que supuestamente se llamaba Fell se volvió a mirar a Jessica.

—¿De dónde has sacado a esta muñeca, Morant? —añadió—. No estaba con nosotros cuando abandonamos el salón, ¿no?

El tal Fell trató de agarrar a Jessica.

—Quítale las manos de encima —dijo el que parecía llamarse Morant antes de empujar a su amigo hacia la cama—. Ve a ayudar a Rotherham a aprovechar su dinero. No parece capacitado para hacerlo él solo.

Las dos muchachas extendieron los brazos a modo de bienvenida mientras Fell trastabillaba hacia ellas. Por fin, cayó sobre la cama en medio de sonoras carcajadas por parte de las mujeres y de vehementes protestas de su amigo.

El tal Morant tomó un montón de ropa de una silla y volvió a sacar a Jessica de la habitación.

—Vístete —le ordenó, dejando caer las ropas a sus pies. Un sombrero de copa echó a rodar, apoyado sobre el ala, para detenerse y caer un momento después.

—Son ropas de hombre —susurró ella arrebujándose todo lo que pudo en la bata.

—Exactamente. ¿Crees que vas a poder salir vestida de aquí de esa manera? —le preguntó, señalando la bata.

—¿Me vais a sacar de aquí?

—Oh, sí...

Jessica no podía verle el rostro, pero notó que él debía de estar sonriendo. Se le notaba en la voz.

—Por supuesto que te voy a sacar de aquí.

—Tenéis razón. Lo de esta ropa es una buena idea —dijo. Rápidamente tomó los pantalones y se los puso por debajo de la bata. Entonces, se los anudó a la cintura con el corbatín que encontró entre las prendas—. Daos la vuelta...

El pasillo casi no estaba iluminado, hasta el punto de que ella casi no podía distinguir la silueta de aquel desconocido.

—Ya he visto todo lo que tenía que ver, guapa...

—Bueno, pues yo no quiero que volváis a verlo —replicó ella. Entonces, para su sorpresa, él se dio la vuelta y, tras apoyarse contra la pared, comenzó a silbar suavemente. Jessica se sacó la bata y se metió la camisa por la cabeza. Entonces, se puso el gabán. En aquel momento, se dio cuenta de que seguía estando descalza—. ¿Zapatos?

—Y el cabello —respondió él. Se había dado la vuelta para mirarla—. Que Dios nos asista.

El caballero le agarró el cabello sin piedad. Con una mano, se lo recogió, le hizo un nudo y se lo ocultó bajo el sombrero de copa, que le colocó sin mucha ceremonia sobre la cabeza. El ala del sombrero le llegaba a Jessica hasta la nariz.

Con un rápido gesto, se quitó sus zapatos. A continuación, se despojó de los calcetines de seda negros.

—Pruébate estos. Al menos, no parecerá que vas descalza. Si se fijan en mis tobillos desnudos, pensarán que estaba demasiado aturdido como para vestirme adecuadamente.

Aquello era una locura, pero, Jessica, con aquel hombre a quien ni siquiera podía ver con claridad, se sentía a salvo. No sabía cómo iba a poder rescatarla,

pero estaba segura de que lo haría. Podría escapar de aquella pesadilla, pero debía tener en cuenta que la ilusión de la seguridad era sólo eso, una ilusión. No debía olvidarlo.

—Jamás podremos salir de aquí con todas esas personas aún despiertas —le dijo a su rescatador.

Él se sacó un reloj del chaleco y se lo acercó al rostro para que ella pudiera verlo a pesar de la oscuridad.

—Claro que sí podremos. Faltan dos minutos para la medianoche. Vamos.

Jessica no podía comprender muy bien qué tenía que ver la medianoche con todo aquello. A pesar de todo, siguió obedientemente a su rescatador mientras se agarraba con una mano el sombrero para poder ver el camino. Con la otra mano, se sujetaba el gabán.

Llegaron a una amplia escalera, no la estrecha por la que la habían empujado a ella tan poco ceremoniosamente hacia el cuartucho en el que la encerraron poco más de una hora antes. El calor y el ruido que subían de la sala que había abajo eran abrumadores. Jessica se agarró fuertemente del borde del gabán de su rescatador.

—No hagas esto —le espetó él—. Mi ayuda de cámara se quejará del estado de mi gabán. Ponte aquí, a mi lado.

Jessica obedeció inmediatamente y se puso a su izquierda. Trató de mirarlo dado que la luz era un poco mejor, pero el ala del sombrero se lo impedía.

—Debes fingir que estás borracha —le ordenó su rescatador—. ¿Podrás hacerlo?

—Sí...

Lo que a Jessica le habría gustado hacer era gritar

y desmayarse inmediatamente. Hacer todo lo que las damas de educación harían si se encontraran cautivas en un burdel. Sin embargo, sabía que se lo debía a sí misma y a su salvador. Debía ser fuerte, aunque tuviera que pagar su rescate con su propia virtud en la cama de aquel desconocido. No se imaginaba que un hombre pudiera sacar a una mujer desnuda de un burdel creyendo que era una señorita respetable o sin esperar su agradecimiento de la forma más lógica. Después de todo, ¿por qué iba él a estar allí, si no era buscando a una mujer?

—Apóyate contra mí y, pase lo que pase, no te dejes llevar por el pánico —le dijo él. Volvió a agarrarle con fuerza los hombros y la colocó con fuerza contra su costado. Jessica no pudo evitar pensar lo bien que olía. Era una mezcla de especias, cítricos, ropa limpia y cuero—. Ocurra lo que ocurra, no dejes caer el sombrero.

Comenzaron a bajar las escaleras, tambaleándose. El desconocido no dejaba de hablar y gruñir como un borracho. Jessica aprendió en dos minutos más palabras malsonantes de las que había escuchado en toda su vida.

El ruido comenzó a resultar abrumador. El hedor a aceite caliente, a cera de velas, a alcohol, a sudor y a excitada masculinidad la envolvió, alejándola del reconfortante aroma del hombre que la llevaba a la libertad. De repente, sus pies chocaron contra el suelo de la primera planta. La puerta de salida estaba justo delante de ellos.

—¿Ya os marcháis, caballeros? —preguntó una voz. Jessica la reconoció enseguida. Era la voz falsa y melosa de la mujer que la había recogido en la posa-

da, la mujer cuyo rostro de dureza y crueldad Jessica había podido contemplar mientras la subían por las escaleras hacia la pesadilla de su cautiverio. Era madame Synthia.

—Desgracia... desgraciadamente, *madame*, lord Rotherham es... está algo abrumado. Tendremos que regresar otra noche para contemplar vuestra afamada exhibición de medianoche.

Jessica se apretó contra su rescatador al sentir que la mujer le agarraba el brazo y trataba de volverlos a meter en la sala.

—Estará bien, milord. Una de mis chicas lo cuidará. O haré que mis muchachos lo vigilen. Ven, Geordie...

—No... —susurró él, tirando de nuevo de ella—. Demasiado tarde, *madame*. No querréis que mi amigo vomite en vuestro hermoso suelo de mármol.

Rápidamente, Jessica notó que las puertas se abrían y que los dos se encontraban en la calle. Ella sintió el delicioso aire frío de la noche sobre el rostro. Oyó que un carruaje pasaba junto a ellos.

—¡Cochero!

El carruaje se detuvo. Jessica trató de ver una vez más el rostro de su rescatador con la luz de las ventanas del burdel, pero la hizo entrar en el carruaje antes de que pudiera hacerlo.

—Bien —dijo él tras cerrar la puerta y acomodarse frente a ella en la oscuridad—. Pues aquí estamos...

Dos

La oscura sombra que estaba sentada frente a ella no se hacía más nítida por mucho que la observara. Jessica terminó por darse por vencida. De todos modos, poder verlo con claridad no iba a suponer ninguna diferencia. Estaba en sus grandes y capaces manos tanto si le gustaba como si no.

«Enumera tus bendiciones», se dijo, tal y como les recomendaba siempre a los alumnos que se quejaban o que protestaban. Era el tipo de frase que se esperaba de los profesores. Trató de aplicarse a sí misma ese sabio consejo.

«Bendición número uno: ya no estoy desnuda. Tengo ropa, aunque pertenezca a un hombre que, en estos momentos, está desfogándose en una casa de mala reputación. Bendición número dos: ya no me encuentro en un burdel, a punto de ser forzada por sólo Dios sabe quién. No obstante, estoy en manos de un completo desconocido que probablemente tiene pensado forzarme en cuanto tenga la menor oportunidad. Bendición número tres...».

Jessica pareció quedarse sin más bendiciones.

«Conoce a tu enemigo». Otro consejo útil, en

especial cuando no se sabía lo formidable que dicho enemigo pudiera resultar.

—Me llamo Jessica Gifford —dijo. Decidió no dar un nombre falso. La vida ya resultaba demasiado complicada por sí misma—. Señorita Jessica Gifford —añadió, con dignidad.

—Y yo me llamo Gareth Morant.

La profunda voz de aquel caballero resultaba profundamente tranquilizadora. Jessica ya lo había notado en el pasillo del burdel, pero, en aquel momento, cualquiera que no hubiera estado maldiciendo o farfullando lo habría sido. En aquel momento, cuando el pánico había dado paso al miedo en estado puro, ella esperaba ser mucho más exigente en aquel respecto. No obstante, el caballero desconocido seguía consiguiendo que se sintiera segura, al menos en una cierta medida.

—¿Señor?

—Lord —respondió él—. Conde de Standon.

—Os doy las gracias por rescatarme, milord —dijo ella. Decidió que no había motivo alguno para mostrarse descortés, aunque tuviera los pies helados con aquellas medias de seda, que eran de él, por cierto. Esto le parecía casi más indecente que llevar los pantalones de otro hombre.

Un conde. Un aristócrata. Dios santo. Acababa de saltar de la sartén al fuego. Un simple caballero, agradable y respetable, podría sentir cierta inclinación por la rectitud y la reputación, cumplir con la Ley y verse contenido por las convenciones de la Iglesia y la moralidad. Desgraciadamente, todo el mundo sabía que la aristocracia hacía siempre lo que le veía en gana, sin importarle las opiniones ni los valores del

resto de los mortales. Mientras pagaran sus deudas de juego, despreciaban con total impunidad los valores que respetaban los demás. Jugaban, se dejaban llevar por la extravagancia, su moral sexual era motivo de escándalo, se batían en duelo y les importaba un comino la opinión de los que estaban fuera de su bendito y privilegiado círculo.

—Bien, ¿qué es lo que voy a hacer con vos, señorita Gifford? —preguntó lord Standon.

—¿Llevarme a una posada, tal vez? —sugirió ella, esperanzada.

—¿Significa eso que tenéis vuestro equipaje en alguna parte?

—No. Me lo quitaron todo.

—Pero tendrá algo de dinero...

—No.

—¿Contáis con algún pariente respetable en Londres al que pueda llevaros?

—No —repitió ella, apretando los dientes. Sentía que la situación estaba divirtiendo a su rescatador.

—En ese caso, creo que os vais a tener que venir a mi casa.

«Donde sin duda esperáis que os muestre mi gratitud por haberme rescatado», pensó ella, apesadumbrada. El problema era que no estaba tan apesadumbrada como debería, dado que ella era una respetable virgen que estaba completamente en manos de un depravado aristócrata. Había algo en la corpulencia de aquel caballero que hacía imposible que Jessica no se sintiera segura a su lado, algo en la divertida amabilidad de él que le hacía desear charlar con él. «Y algo sobre su esplendorosa masculinidad que me hace desear tocarlo. Por todas partes...».

—¿Estáis asustada?

—Sí —respondió ella con sinceridad. Tenía miedo de él, de su propio futuro y de las respuestas que, como mujer, sentía hacia él.

—Muy sensato por vuestra parte —dijo. No parecía sentirse insultado por la respuesta que ella le había dado. Jessica suponía que debería haber dicho algo típicamente femenino, como que se sentía muy segura a su lado—. De hecho, sois una mujer muy sensata, ¿verdad, señorita Gifford? Resulta extraño cómo uno lo presiente en unos simples veinte minutos de relación.

—No lo suficiente como para evitar que me engañara la propietaria de un burdel —confesó ella con amargura. No se sentía muy halagada por el hecho de que él le hubiera dicho que era muy sensata. Sabía que lo era y que era una de sus mayores virtudes. Por mucho que se esforzara, no podría nunca parecer otra cosa.

—Bueno, os aseguro que eso no volverá a pasar. Si la solución que voy a proponeros no es de vuestro gusto, ¿qué os gustaría que hiciera con vos?

«¿Seducirme?», pensó Jessica sin poder evitarlo. Inmediatamente contuvo sus pensamientos. Se sentía agotada, asustada y completamente fuera de lugar, pero nada de eso suponía excusa alguna para la histeria.

—¿Podríais prestarme algo de dinero, milord? Así, podré pasar esta noche en una posada respetable y buscar empleo en una agencia desde mañana mismo. Soy institutriz.

—¿Ir a una posada vestida de ese modo? Me temo que ahora todas las tiendas están cerradas y yo no llevo encima ropas femeninas de ninguna clase.

—Oh, no... Por supuesto que no, milord.

—Sin embargo, tengo algunas prendas disponibles... en mi casa.

—¿Queréis decir que vuestra esposa me prestará algo de ropa que ponerme? —preguntó ella dulcemente. No sabía cómo, pero estaba segura de que el conde de Standon no era un hombre casado. La ropa en cuestión pertenecía sin duda a alguna amante del pasado... o del presente.

—No, no soy un hombre casado —respondió él. A Jessica le dio la sensación de que su pregunta, en cierto modo, lo había turbado—. Si lo estuviera, no habría ido a visitar establecimientos tales como el que acabamos de abandonar.

—No tenéis motivo alguno para darme explicaciones, milord.

—No. En realidad me lo estaba explicando a mí mismo. Hay poca excusa para que exista un lugar tan sórdido como ése.

—Aparte de ser el lugar frecuentado por los caballeros.

Sin poder evitarlo, Jessica pensó en Moll, la que se sentía agradecida de verse empleada en un burdel en el que comía todos los días y en el que nadie le pegaba. Esperaba que alguien la hubiera encontrado ya y la hubiera liberado.

De repente, el carruaje de alquiler se detuvo en seco.

—Hemos llegado a mi casa —dijo lord Standon. Se levantó y abrió la puerta. Entonces, extendió las manos para ayudarla a bajar. Jessica se detuvo en la puerta. Acababa de verlo por primera vez a la luz de los faroles que ardían a ambos lados de la ancha puerta negra.

Era muy grande... pero eso ya lo sabía. Tenía el cabello oscuro, aunque no era capaz de distinguir el color exacto. Sin embargo, lo que más la atrajo fue el poder de su rostro. Nadie podría decir que Gareth Morant era un hombre guapo, pero nadie dejaría nunca de considerarlo impresionante. Una larga nariz le adornaba el rostro, que se veía rematado por una fuerte y decidida mandíbula. Sus ojos, que Jessica ya sabía que eran grises, quedaban ensombrecidos bajo espesas cejas y la boca, que ella ya podía ver claramente, era amplia, sensual y estaba adornada por una sonrisa.

Estaba esperando con paciencia a que ella se decidiera a bajar del carruaje. ¿Qué otra opción tenía la joven aparte de entrar en la casa de aquel caballero desconocido? Ninguna.

—Gracias, milord —dijo ella, tan tranquilamente como pudo. Permitió que él le agarrara la mano para poder descender del carruaje a la acera.

Sin duda, Jessica debería aceptar antes la muerte que el deshonor, pero eso parecía desagradable y desproporcionado dadas las circunstancias. «De tal palo, tal astilla». Este pensamiento fluyó apresuradamente por su cerebro para desvanecerse de inmediato. Su madre... su madre había sido muy diferente. Además, la señorita Jessica Gifford estaba convencida de que una persona debe cumplir sus obligaciones. Hasta aquel momento, éstas habían sido onerosas en ocasiones, pero jamás tan aterradoras.

Permaneció de pie mientras él pagaba al conductor. Tenía los pies fríos y húmedos, tan sólo cubiertos con unas medias, por el contacto con las losas de piedra del suelo. El ridículo sombrero le caía sobre el

rostro. Entonces, permitió que él la tomara por el brazo y la guiara hasta los escalones de entrada. A pesar de la intempestiva hora, un mayordomo se materializó en cuanto lord Standon cerró la puerta a sus espaldas.

—Ah, Jordan. ¿Sigue levantada la señora Childe?

—No, milord. Se retiró hace una hora, al igual que el resto de las doncellas. ¿Deseáis que despierte a una de ellas?

La falta de interés que el mayordomo tenía por la extraña figura que temblaba junto a la de su señor revelaba que se trataba de un sirviente de alto rango, pero Jessica hubiera agradecido al menos una única mirada de sorpresa. Estaba empezando a sentirse invisible.

—No. No hay necesidad alguna de molestarlas. Esta joven ha tenido una desagradable experiencia y requiere una alcoba, algo de comer y prendas adecuadas. Encienda un fuego en la habitación, por favor, Jordan.

—Sí, milord. ¿Sería tan amable la señorita de acompañarme a la biblioteca mientras se le prepara su habitación? Allí, como siempre, el fuego sigue encendido.

—Sí, eso será lo mejor.

El conde se giró y observó a Jessica, quien le devolvió la mirada desde debajo del ala de su sombrero. La joven estaba empezando a sentir que perdía la sensibilidad de los pies sobre el frío mármol del suelo.

—No obstante, lo primero ha de ser la ropa. Acompañadme, señorita Gifford. Seguramente encontraremos algo en la alcoba china.

Él le mostró el camino hacia una alta escalera de piedra. Jessica se levantó el gabán, que iba arrastrando por el suelo y, tras agarrarse al elegante pasamanos

de hierro forjado, comenzó a subir con dificultad detrás del conde. Aquella situación le dio oportunidad de estudiar las largas y bien torneadas piernas, las estrechas caderas y los anchos y atléticos hombros. Tras haber tenido un encontronazo con él en su alocada y desesperada huida, no cometió el error de imaginarse que la imponente figura de lord Standon tenía mucho que agradecerle a su sastre.

Por otro lado, era consciente de que el hombre al que seguía no era guapo. La buena luz que iluminaba la casa le demostró que la impresión que se había forjado sobre él en la acera de la calle había sido la correcta. Al menos, no se podía decir que su apostura fuera la clásica de los hombres a los que se considera guapos. Mientras alcanzaban el rellano y seguía caminando tras de él, reflexionó que carecía de los románticos y hermosos rizos de lord Byron o de la alabada belleza de lord Brummell. No obstante, se trataba de un hombre muy viril y masculino y Jessica sabía muy bien que la corpulencia de su salvador le provocaba un incontrolable deseo de arrojarse sobre su amplio torso para suplicarle que cuidara de ella.

Jessica se recordó que, como mujer, no podía sucumbir ante nociones románticas. Debía dejarse guiar por su inteligencia y su sentido común. Lo que ella trataba de conseguir en la vida era una seguridad respetable, aburrida y estable. Los hombres no tomaban parte en esa ambición y los aristócratas que frecuentaban burdeles, por muy amables que pudieran parecer, eran el camino más corto hacia el sendero de perdición que conducía inexorablemente a la vergüenza y a la degradación. «Mira a mamá».

Bien, posiblemente la vergüenza y la degradación

eran palabras demasiado fuertes para el caso de su madre, pero ciertamente la había llevado a quedarse sin un penique, a apartarse de su familia y a llevar la vida que Jessica, a la tierna edad de catorce años, se había jurado que nunca llevaría. Su madre lo había perdido todo por amor. Entonces, ese amor había desaparecido y ella había tenido que vivir de su ingenio, de su belleza y de su encanto.

Para Jessica, enamorarse era mucho peor que hipotecar toda la existencia de una mujer por un billete de lotería. Las novelas románticas siempre prometían que el amor verdadero terminaría por encontrar a sus heroínas si esperaban lo suficiente. Para Jessica, la educación y el trabajo duro parecían caminos mucho más positivos para alcanzar la seguridad, para garantizar un plato de comida siempre en la mesa y un techo sobre la cabeza que la paciencia.

Lord Standon se detuvo en seco. Sin quererlo, Jessica se golpeó contra su espalda.

—Os ruego que me disculpéis. Es este sombrero que...

—Creo que podríais quitároslo ahora sin ningún problema, señorita Gifford.

Él abrió la puerta y Jessica atravesó el umbral al tiempo que se quitaba el sombrero de la cabeza. No había razón alguna para mostrarse tan mojigata. Tenía que hacer lo necesario para conseguir que su vida volviera a su curso. Todo aquello era un interludio. Entonces, volvería a ser la señorita Gifford, institutriz, con sus nociones de pianoforte, arpa, acuarelas y lengua italiana.

Acababan de entrar en lo que, presumiblemente, era la alcoba china. Jessica permaneció inmóvil mientras el conde iba encendiendo los candelabros que

había por toda la sala, tratando de no quedarse boquiabierta por el bello papel que adornaba la pared, las hermosas cortinas de seda dorada o las ricas alfombras. Simplemente era un lugar en el que dormir, una vez se hubiera dicho lo que se tuviera que decir y se hubiera hecho lo que se debía hacer. Tragó saliva. Esperaba que fuera lo que fuera a ocurrir antes de que pudiera dormir, no fuera allí, bajo los ojos adornados de piedras preciosas de los dragones. Estaba descubriendo que el sentido común y la resignación no estaban dándole tanta fuerza como habría esperado.

—Debería haber al menos prendas de noche —comentó él mientras iba abriendo cajones y registrando lo que encontraba a su paso—. Sí. Tomad lo que queráis —añadió. Entonces, abrió uno de los armarios, que reveló gran cantidad de prendas colgadas—. Aquí tenéis batas y zapatillas. ¿Creéis que podréis encontrar el camino hasta la planta de abajo cuando hayáis terminado? Jordan os mostrará dónde está la biblioteca.

No iba a ocurrir allí ni en aquel momento. Jessica colocó el sombrero sobre una cómoda y asintió.

—Gracias, milord. No me demoraré mucho.

Él sonrió y salió de la sala. Cuando hubo cerrado la puerta, Jessica se dirigió a mirar en el cajón que había quedado abierto. Admiró el fino lino y los ricos encajes de Bruselas, las cintas de raso y el brillo de la seda. Si le servía de consuelo, parecía que iba a perder su virtud lujosamente vestida.

Gareth frunció el ceño mientras observaba cómo su mayordomo servía la cena sobre la mesa auxiliar de la biblioteca.

—Jordan, la señorita Gifford fue secuestrada por unos matones de burdel cuando llegó en un carruaje a la ciudad.

—Un hecho terrible, milord. Uno ya ha escuchado que esta clase de sucesos desgraciadamente ocurre, por supuesto. Qué afortunada ha sido de que usted haya podido estar cerca para ayudarla —comentó el mayordomo sacudiendo la cabeza por la maldad del mundo, mientras ajustaba ligeramente la posición de la vinagrera—. Sin duda la señorita Gifford estará hambrienta, milord. Las comidas que se pueden hacer en las posadas no son nada apetecibles y supongo que no habrá tomado nada desde la última vez que el carruaje en el que vino a la ciudad se detuvo en una de ellas. Le traeré una porción de pastel de frutas para que pueda acompañar a la selección de carnes frías que he preparado —concluyó, observando la mesa con satisfacción por cómo la había colocado—. ¿Se va a quedar la señorita Gifford mucho tiempo con nosotros, milord?

—Se quedará aquí hasta que yo haya asegurado su futuro, Jordan.

En aquel momento, se escuchó un suave golpe sobre la puerta, que se abrió inmediatamente.

—Ah, eso está mucho mejor —añadió Gareth, contemplando la esbelta figura que apareció en el umbral. Tuvo que contener una sonrisa. A pesar de estar enfundada de la cabeza a los pies en lujosa lencería, la señorita Gifford seguía pareciendo una institutriz. Llevaba el cabello trenzado sobre la espalda, tenía los pies muy juntos y las manos entrelazadas suavemente sobre el regazo. Había conseguido encontrar la más sencilla de las batas y, por la falta de lazos